

J.M.Coetzee
Infancia

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 05/06/2025 y 03/09/2025
Número de páginas: 4
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

J.M.Coetzee: Infancia.

Traducción de Juan Bonilla.

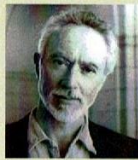
Barcelona, 2011 y 2913 (1998). Penguin

DEBOLSILLO Contemporánea

«A la calidad de su obra le sobra todo premio».

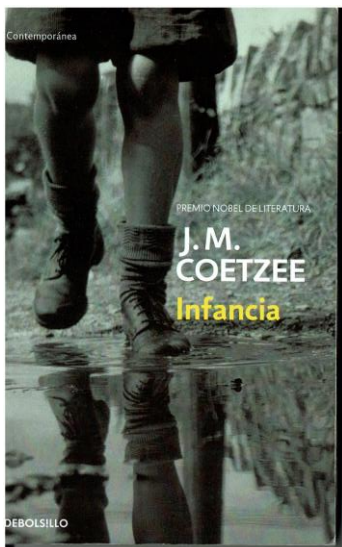
Carlos Fuentes

Tiene diez años. Vive en Worcester, una pequeña localidad al norte de Ciudad del Cabo, con una madre a la que adora y detesta a la vez, un hermano menor y un padre por quien no siente respeto alguno. Lleva una doble vida: en el colegio es el alumno modélico, el primero de la clase; en casa, un pequeño déspota. Los secretos, los engaños y los miedos le atormentan; el amor por la granja familiar y por el *veld*, las desnudas mesetas sudafricanas, le arraigan a la tierra. J.M. Coetzee evoca en este relato su infancia, en la que la inocencia y la violencia forman parte tanto de la propia vida como de la de Sudáfrica.



J. M. COETZEE (1940) es catedrático de literatura en la Universidad de Adelaide en Australia, traductor, lingüista, crítico literario y, sin duda, uno de los escritores más importantes que Sudáfrica ha dado este último siglo. En 2003 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura.

Traducción de Juan Bonilla Gago



ISBN: 978-84-9793-071-0 9 788497 930710	02312	penguinbolsillo penguinlibros penguinlibros	BOSQUES PARA TODOS PARA SIEMPRE Penguin Random House Grupo Editorial
--	-------	---	---

Infancia es un relato sin duda autobiográfico, aunque el autor se refiera a sí mismo de niño en tercera persona, como un él diferente; como en realidad lo es, desde la perspectiva de un hombre maduro. Es de 1998, cuando el autor tiene 58 años, realmente un otro diferente al niño al que evoca, con extrañeza y distanciamiento. El disgusto del niño – y la extrañeza – ante la sociedad en que vive, incluida su propia familia, cabe preguntarse si es un recuerdo real o una

interpretación del autor ya maduro; es una constante a lo largo de todo el relato, y solo muestra satisfacción el niño con la granja familiar, el campo, el paisaje y acaso también sus habitantes naturales, que no su propia familia, sobre todo su padre, de quien se siente insatisfecho.

Entre los episodios que evoca a menudo ve a los afrikáner, y su comportamiento y lengua, con desagrado; rudos y brutales, a pesar de que él mismo debería sentirse afrikáner, y prefiere la lengua inglesa como medio de expresión y hasta la religión católica como forma de distinción o separación a pesar de no haber tradición religiosa de ningún tipo en su casa familiar y de no importarle a él mismo para nada la religión. Todo en el niño aparece como inestable y fronterizo, problematizado, incluso su madre, el vínculo más fuerte y sin embargo distanciado, “No comparte nada con su madre”, llega a decir en el arranque de uno de los capítulos iniciales del relato... Su espíritu competitivo en lo que le interesa, su tozudez y deseo de superación serán un distintivo ya desde esa infancia evocada, y que se mantendrán a lo largo de su vida, en fin, con esa continuación en la novela *Juventud*, de alguna manera continuación de esta primera, de sus años londinenses.

Por ello creo que el único texto en el que aparecen Nadadores vuelve a tener toda la carga simbólica y representativa de las páginas más sugestivas de Coetzee. La escena se desarrolla durante una excursión desde su colegio, una excursión en la que la fuerza física, en la que destacan sus compañeros afrikáner, y las destrezas deportivas prevalecen sobre el perfil más intelectual y delicado más cercano a la sensibilidad y valores del niño protagonista de la narración (pp. 23-24):

El tercer día de acampada van a nadar al río Breede.
Aunque cuando vivía en Ciudad del Cabo, su hermano, su primo y él solían ir en el tren hasta Fish Hoek y se pasaban la tarde entera trepando por las rocas y haciendo castillos en la arena y chapoteando en las olas, no sabe nadar. Ahora, que es un boy scout, debe cruzar el río a nado y volver.

Él detesta los ríos: el agua turbia, el limo que se pega a los dedos de los pies, las latas oxidadas y los cascos de botella que podría llegar a pisar; prefiere la arena de la playa, limpia y blanca. Pero se zambulle en el río y chapotea como puede hasta cruzarlo. Al llegar a la otra orilla se agarra a la raíz de un árbol y, como hace pie, se queda sumergido hasta la cintura en la corriente lenta y pardusca; le castañetean los dientes. Los demás chicos se dan la vuelta y empiezan a nadar de regreso. Lo dejan solo. No puede hacer otra cosa que zambullirse de nuevo.

A mitad de camino está exhausto. Deja de nadar e intenta hacer pie, pero el río es demasiado profundo. Su cabeza se hunde bajo el agua. Trata de salir a flote, de nadar otra vez, pero ya no tiene fuerzas. Se hunde por segunda vez.

Ve a su madre sentada en una silla de respaldo alto, leyendo la carta que le informa de su muerte. Su hermano está de pie, a su lado, leyendo por encima de su hombro.

Lo siguiente que sabe es que está tendido en la orilla del río y Michael, el guía de su tropa con el que aún no se había atrevido a hablar por timidez, está sentado a horcajadas sobre él. Cierra los ojos, lo domina una sensación de bienestar. Lo han salvado.

Durante las semanas siguientes no deja de pensar en Michael, en cómo arriesgó su vida zambulléndose en el río para rescatarlo. Cada vez que lo recuerda se queda maravillado de que Michael reparara en lo que estaba ocurriendo: reparara en él, reparara en que estaba ahogándose. Comparado con Michael (que está en séptimo y ha conseguido todos los galardones excepto los más altos, y va a convertirse en un scout de mayor rango), él es un ser insignificante. Habría sido mucho más normal que Michael no reparara en que se hundía, incluso que no lo hubiera echado de menos hasta regresar al campamento. Entonces todo lo que se hubiera requerido de Michael habría sido que escribiera una carta a su madre, con el frío y formal comienzo característico de esas cartas: “Lamentamos comunicarle...”

A partir de ese día sabe que tiene algo especial. Podría haber muerto, pero no ha sido así. A pesar de ser indigno de ella, se le ha dado una segunda vida. Estuvo muerto, pero ahora está vivió.

A su madre no le cuenta una sola palabra de lo que le pasó en la acampada.

Nadar como placer o muestra de vitalidad y alegría desaparece ante el nadar como problema, e incluso peligro de muerte. Su madre aparece con fuerza ante el desamparo de ese límite de la muerte que amenaza, pero vuelve a alejarse con la recuperación de esa nueva seguridad ante la vuelta a la vida.